

LA FORMACIÓN DE E. P. THOMPSON

*Josep Fontana Lázaro*¹

Estamos conmemorando en estos días los cincuenta años de la publicación de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, una de las obras más innovadoras de la historiografía del siglo XX. Lo que quisiera hacer hoy es ocuparme de la formación de Edward Palmer Thompson como historiador, y lo haré, basándome en la bibliografía que se le ha dedicado², pero también, y sobre todo, en las conversaciones mantenidas con él en dos viajes suyos a Barcelona, una de las cuales dio pie a una entrevista que cito por la transcripción original que he conservado³.

El primer elemento de la formación de Thompson procede de su medio familiar. Su padre vivió en la India de 1910 a 1923, donde era educador en una institución metodista, lo que le llevó a mantener unas relaciones complejas, no siempre fáciles, con Rabindranath Tagore, a la vez que hacía amistad con el joven Nehru⁴. Fue en la India donde nació su primer hijo, Frank.

Recordando sus orígenes, Thompson explicaba: “Procedo

¹ Professor Emérito de La Universidad Pompeu Fabra.

² Por ejemplo, RULE, John y MALCOLMSON, Robert, eds., *Protest and Survival. The Historical Wxperince. Essays for E.P. Thompson*, Londres, Merlin Press, 1993; PALMER, Bryan D., *E.P. Thompson. Objections and oppositions*, Londres, Verso, 1994 (de la que hay una traducción al castellano, editada por las Publicaciones de la Universidad de Valencia en 2004); ANDERSON, P et al., *E.P. Thompson, diálogos y controversias*, Valencia, UNED-Fundación Historia Social, 2008; JIMÉNEZ, José Ángel Ruiz, *Contra el reino de la bestia. E.P. Thompson, la conciencia crónica de la guerra fría*, Granada, Universidad, 2009.

³ Una entrevista semejante, de un considerable interés, “An interview with E.P. Thompson”, se publicó en *Radical History Review*, nº 4, fall 1976, pp. 4-25. (Nota do Editor: publicada neste número de *História & Perspectivas*).

⁴ En los últimos años de su vida Thompson dedicó un libro a su padre, *Alien homage. Edward Thompson and Rabindranath Tagore*, Delhi, Oxford University Press, 1998, en que trataba de explicar las complejas relaciones de éste con los independentistas.

de una familia que se mantenía alerta en el campo de la política internacional. Mi padre tenía conexiones personales con la India y desarrolló una amistad personal con Nehru y con otros dirigentes del Congreso Nacional Indio. Mi madre tenía conexiones con el Líbano⁵, de modo que absorbía las cuestiones sobre el imperialismo en mi infancia. Era demasiado joven para tener una actividad política en los años de la Guerra civil española, pero mis amigos mayores, y los amigos de mi hermano, estaban profundamente preocupados por esta cuestión, de modo que por el tiempo en que comenzó la Segunda guerra mundial, hacia mis quince años de edad, era ya por disposición un convencido antifascista, y fueron estas convicciones las que me llevaron, un año o dos más tarde, al Partido comunista”.

La influencia de su hermano, Frank, resultó todavía más importante⁶. Reclutado por Iris Murdoch como miembro del Partido Comunista, su dominio de nueve idiomas distintos explica que fuese enviado por los servicios de información británicos a actuar como enlace con los guerrilleros yugoslavos y búlgaros. El 31 de mayo de 1944 Frank fue detenido en unión de un grupo de guerrilleros, juzgado y fusilado, a poco de cumplir los veintitrés años de edad. Su historia parecía así ser la de un héroe de guerra, y como tal la contaron su madre Theodora y su hermano Edward en un pequeño libro, *There is a Spirit in Europe: a Memoir of Frank Thompson*, (Londres, Gollancz, 1947), que era el relato de la vida de un héroe antifascista, tal como la conocían por las noticias oficiales⁷.

⁵ Theodora era hija de misioneros norteamericanos instalados en el Líbano.

⁶ A Frank se le ha dedicado recientemente una biografía CONRADI, Peter J., *A Very English Hero. The Making of Frank Thompson*, Londres. Bloomsbury, 2011.

⁷ Años más tarde, cuando pudo descubrir más datos de lo ocurrido, entre las mentiras de los gobiernos búlgaros y el silencio de los británicos, Edward reconstruyó la historia de su hermano en un libro que apareció póstumamente, preparado por su viuda, THOMPSON, Dorothy. *Beyond the Frontier: the Politics of a Failed Mission, Bulgaria 1944*, Stanford, Stanford University Press, 1997. En su biografía de Frank, Peter J. Conradi aclara las confusas noticias sobre su muerte, que Edward no llegó a conocer.

Lo que dejó en Edward una huella imborrable fue el pensamiento que Frank exponía en unas cartas en que expresaba sus esperanzas acerca de un futuro de una democracia de un nuevo tipo: “Hay un espíritu en Europa que es más noble y valeroso que cualquier cosa que este cansado continente haya conocido durante siglos y que no se podrá resistir. Podéis, si os parece, pensar en ello en términos de política, pero es mucho más amplio y generoso que ningún dogma. Es la voluntad confiada de pueblos enteros que han conocido los mayores sufrimientos y humillaciones y que han triunfado sobre ellos para construir su propia vida de una vez y para siempre”.

Era el espíritu de un antifascismo que el propio Edward estaba experimentando mientras luchaba en Italia. “Había, me dijo, elementos del ejército británico que eran mucho más sensibles de lo que hoy pensamos a los modos de la resistencia y del antifascismo. Recuerdo periódicos de guerra con detalles sobre el maquis francés, la resistencia yugoslava y otros por el estilo que los soldados británicos leían con gran interés, y que daban lugar a debates y discusiones”.

Recordando a su hermano, escribía: “El fascismo provocó una determinación de resistir y un espíritu de sacrificio. Por encima de todo lo demás había en los jóvenes resistentes una fe compartida y una camaradería internacional –llevada en muchas ocasiones hasta el sacrificio de la vida- que resaltan muy por encima de la miseria espiritual del presente. Aquel momento ha quedado como un símbolo de lo posible”⁸.

El final de la guerra fue el momento en que pareció posible aquel proyecto que pretendía establecer en Europa regímenes democráticos capaces de llevar a cabo programas sociales avanzados. Fue la corta época de los gobiernos con participación comunista en el oeste y de las democracias populares en el este. Contestando a mis preguntas, Thompson afirmaba: “Pienso que había otra alternativa en 1945. No creo que fuese inevitable que hubiese de realizarse la degeneración que se produjo en los dos

⁸ THOMPSON, D. *op. cit.*, pp. 100-103.

bandos”. Era algo inspirado en la experiencia de la alianza de frente popular en España y en algunos aspectos de los movimientos de resistencia de Yugoslavia, de Francia y de otras partes. “Este fue un momento auténtico y no creo que la degeneración posterior, en la cual hubo dos actores, el estalinismo y occidente, fuese inevitable. Pienso que es necesario volver sobre ello y decir que este momento existió”.

Después de la guerra, Thompson pasó tres años en la Universidad de Cambridge, y en 1948 comenzó a enseñar en el departamento de “Extra-Mural Studies” –de cursos informales para estudiantes adultos- de la Universidad de Leeds, donde permanecería hasta que en 1965 pasó al “Centro para el estudio de la historia social” de la Universidad de Warwick, un trabajo en que estuvo poco tiempo, ya que le costaba soportar el tipo de actividades docentes y administrativas a que le obligaba una carrera universitaria formal.

La experiencia de su etapa en los “extra-mural” fue la realmente importante para él. “Después de la guerra –contaba- fui a enseñar en el campo de la educación de adultos en el Yorkshire industrial, en el norte, en Halifax, donde no solo enseñé, sino que aprendí mucho. Este fue un proceso totalmente necesario, el de aprender de mis clases, aprender actividad política y una cierta humildad que pienso que el intelectual necesita aprender”⁹.

Al propio tiempo, añadía, “me comprometí con el movimiento de la paz de aquellos momentos, sobre todo durante la guerra de Corea. Fui de hecho secretario del Movimiento de la paz del West Yorkshire y fui muy activo en el partido Comunista hasta 1956”.

Esta fue la época de florecimiento colectivo de lo que se suele llamar la escuela de los “historiadores marxistas británicos”, que incluye, junto a Thompson, a algunos de los nombres más importantes de la historiografía del siglo XX, como Eric Hobsbawm,

⁹ Sobre esta experiencia, Peter Searby and the editors, “Edward Thompson as a teacher: Yorkshire and Warwick”, den RULE, John and MALCOLMSON, Robert. *Protest and Survival. The Historical Experience*, pp. 1-23.

Ronnie Hilton, Christopher Hill, Ronald Meek, Victor Kiernan, George Rudé o Raphael Samuel. Todos sufrieron el acoso de los medios académicos británicos, entregados por completo a la política de la guerra fría, y empeñados en cerrarles el paso, para impedir que ninguno de ellos llegase a las cátedras de las grandes universidades, que les hubieran permitido una dedicación plena a la investigación¹⁰.

Fue la voluntad de romper su aislamiento lo que les llevó en 1952 a fundar una revista, *Past and Present*, que iba a convertirse en punto de encuentro de historiadores avanzados de diversa orientación política, con el fin de que su trabajo llegase a un público más amplio que el que podían alcanzar con publicaciones del partido comunista como *Marxism Today* o *Our History*, de espléndida calidad intelectual, pero condenadas de antemano al ostracismo¹¹.

En 1956, tras la crisis húngara, los historiadores enviaron al *Daily Worker*, el periódico del partido comunista británico, una carta en que denunciaban que el apoyo que el partido había dado a la actuación de los rusos en Budapest y a las “burocracias pseudo-comunistas y sistemas policíacos de Polonia y Hungría” era “la indeseable culminación de años de distorsión de los hechos, y de fracaso de los comunistas británicos en pensar sus problemas políticos por sí mismos”.

La carta no se publicó y los firmantes fueron actuando cada uno a su modo. Victor Kiernan cuenta que “me quedé tres años

¹⁰ Hay una extensa bibliografía sobre este grupo: KAYE, Harvey J. *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Universidad, 1989; DWORKIN Dennis, *Cultural marxism in postwar Britain*, DURHAM, Duke University Press, 1997; SCHLESINGER, P. et al., *Los marxistas ingleses de los años 30*, Madrid, Fundación de investigaciones marxistas, 1988; así como el número monográfico de *Radical History Review*, “Marxism and history: the British contribution”, 19, winter 1978-79.

¹¹ La revista se vio obligada en 1958, en momentos en que era mal vista por el establishment académico por sus orígenes marxistas, a integrar en la dirección nombres más tranquilizadores, como Lawrence Stone, Trevor Aston y J.H. Elliott (sobre esto, ELLIOTT, J.H., “Lawrence Stone”, en *Past and present*, nº 164, agosto de 1999, pp. 3-5).

inactivo en el partido, y después decidí ser en el futuro un partido de un solo hombre, de ideas marxistas-liberales”¹².

“En 1956, explicaba Thompson, Dorothy –su esposa- y yo, con John Saville y otros historiadores y un grupo de otra gente formamos un periódico de discusión en el seno del partido comunista titulado *The Reasoner*, que no gustaba nada a los funcionarios y dirigentes del partido, de modo que nos convertimos en algo así como la oposición democrática en el seno del Partido comunista británico. Después de la insurrección de Hungría decidimos que no tenía ningún sentido continuar y nos empujaron a marchar los propios dirigentes. Fundamos un nuevo periódico, un nuevo *Reasoner*, con la intención de salir de un gueto de cultura política, y dirigirnos a un público más amplio, no sólo en el partido laborista, sino en la generación más joven”. Así nació la *New Left Review*, que después de dos o tres años dejaron en manos de Perry Anderson.

En los primeros años de su carrera Thompson no había pensado en ser historiador. Hijo y hermano de dos autores de poesía – de “An epitaph for my friends”, de Frank Thompson, se ha dicho que es uno de los grandes poemas de la Segunda guerra mundial-, solo pensaba en la literatura. Hasta que escribió en 1955 una biografía, William Morris, de romántico a revolucionario, un libro todavía primario, que reescribiría posteriormente. “De hecho –decía- este fue el libro en que descubrí, accidentalmente, que era un historiador”. “Puedo ver ahora –añadía-, aunque no me daba claramente cuenta de ello en aquel tiempo, que estaba empeñado entonces en una autocrítica y en una crítica de la tradición marxista ortodoxa”. La lectura de Morris le enseñó que había otras corrientes que corrían paralelas al marxismo, pero que no eran lo mismo, y que contenían valores que era necesario rescatar. Ello le llevaría, al propio tiempo, a rechazar explícitamente las tendencias ortodoxas que entendían el marxismo como “un cuerpo

¹² KIERNAN, V.G., “The unrewarded end”, en *London Review of Books*, 17 de septiembre de 1998, pp. 13-15

autosuficiente de doctrina, completo, internamente consistente y plenamente realizado en un conjunto de textos escritos”.

Aceptó el encargo de escribir un libro sobre los orígenes del movimiento obrero inglés, que apareció en 1963 con el título de *The Making of the English Working Class* (Londres, Collancz, 1963), a lo que siguieron dos grandes artículos en *Past and Present*: “Time, work-discipline, and industrial capitalism”, en 1967, y “The moral economy of the English crowd in the eighteenth century”, en 1971. Fue, sin embargo, la reedición corregida de *The Making*, como número mil de la colección Pelican de Penguin Books, la que dio una extraordinaria difusión a su obra. Recuerdo con claridad el día en que descubrí en una librería de Barcelona aquel grueso volumen de cerca de mil páginas, que costaba la suma de 198 pesetas, lo que no era entonces insignificante. Lo compré, me lo llevé a casa, donde lo conservo, y puedo decir que aquel libro cambió en alguna manera mi vida.

Thompson contaba que *The Making* se había escrito pensando en un público como el que asistía a sus clases para adultos –trabajadores, sindicalistas, maestros...- y que se había enriquecido con lo que había aprendido en el Yorkshire de los propios trabajadores, quienes le explicaban con frecuencia los recuerdos de sus padres. Aprendió, por ejemplo, que aunque en una fecha determinada la ley hubiese prohibido que trabajasen en las fábricas los niños de menos de siete años, seguían haciéndolo, y que, cuando un inspector llegaba a la fábrica, ponían a los niños en unas cestas y las subían hacia el techo.

Quería, por una parte, reaccionar ante la visión académica establecida de la revolución industrial, que la interpretaba simplemente como un progreso; una visión “en la que no sólo se borraban de la historia las luchas y los sufrimientos, sino también la iniciativa creadora de los trabajadores y sus propias respuestas”. Pretendía con ello recuperar su papel activo y rescatarles “de la enorme prepotencia de la posteridad”.

Con esta reivindicación de la iniciativa de los obreros se proponía también polemizar contra una interpretación dominante

en los planteamiento ideológicos del comunismo británico, “en que la clase se había ‘cosificado’, se había convertido en una entidad objetiva, dentro de una secuencia teleológica y previamente programada de la historia en la que aparecía como si sus experiencias y estrategias, incluso su conciencia, se hubiesen dado dentro de un programa histórico previamente impuesto, que había sido ya escrito por Marx”.

Este nuevo planteamiento de Thompson, que analizaba la clase como una relación, esto es, como “un fenómeno histórico”, tenía también su traducción en el terreno de la política, puesto que si se considera la clase como algo previo a la “lucha de clases”, ello significa que se tienen unas expectativas previas acerca de cuál debe ser el desarrollo de la secuencia en que se desarrolla esta lucha y, con ello, una anticipación de cuál ha de ser la conciencia de clase correspondiente, lo que da lugar a conceptos inaceptables como el de “falsa conciencia”. “La conciencia es, simplemente, lo que la gente piensa y siente en un momento dado”.

Por el contrario, “si una parte de la idea de que de un determinado modo de producción y de una estructura de relaciones socioeconómicas dada, surgen puntos de conflicto y tensiones, de los que emerge la lucha, a partir de la cual, a su vez, la clase se institucionaliza y se forma su conciencia, se está en situación de interpretar la realidad histórica”¹³.

Después de *Whigs and hunters* (Londres, Allen Lane, 1975) y de su participación en *Albion's fatal tree* (1975) y en *Family and Inheritance* (1976), hizo un largo paréntesis en su trabajo de investigación, que dio paso a *Poverty of theory* (Londres, Merlin, 1978), su ajuste de cuentas con Althusser y con el estructuralismo marxista a la francesa, que condenaba como un nuevo idealismo: “un teoricismo-ahistórico” que niega todo valor a la investigación

¹³ Es así de la lucha que surge la clase, contra el concepto ortodoxo de que la clase determina la lucha; de modo que puede haber “lucha de clases sin clases”. En muchos casos, como en los Estados Unidos en el siglo XX, se encuentran fenómenos de lucha de clases, con una expresión institucional y una conciencia débiles.

de la realidad. Thompson insiste, por el contrario, en la necesidad que tiene el historiador de la confrontación con el mundo real: “el discurso de la demostración de la disciplina histórica consiste en un diálogo entre concepto y dato empírico”.

Y va más allá aún, al combatir un método que se limita a usar los textos de Marx y las elaboraciones teóricas formuladas a partir de ellos, puesto que, nos dice, el pensamiento de Marx quedó detenido en la larga tarea de hacer la crítica de la economía política del capitalismo, sin poder completar el proceso más ambicioso de construir el materialismo histórico, cuyo objetivo no es dar cuenta del funcionamiento de una economía, sino de una sociedad entera, que contiene, además de las económicas, muchas otras actividades y relaciones. De la pura consideración de los textos originales de Marx pudieron así surgir diversas variedades de pensamiento que reivindicaban la calificación de marxismo, incluyendo la que llevó a las peores aberraciones del estalinismo. “Declaro una guerra intelectual implacable contra tales marxismos, y procedo para hacerlo desde el interior de una tradición de la que Marx fue uno de los principales fundadores”¹⁴.

Siguió a esto una etapa en que tuvo una nueva y más intensa dedicación al movimiento por la paz, asociado sobre todo a las campañas antinucleares. Son unos años en que publica, sobre todo, compilaciones de sus artículos sobre estos temas: *Writing by candlelight* (1980), *Protest and survive* (1980), *Zero option* (1982), *Double exposure* (1985), *The heavy dancers* (1985) y, finalmente, *Starwars* (1985).

Esta dedicación frenó su actividad como historiador durante unos años, a consecuencia de que “el movimiento por la paz

¹⁴ El tema de su propia adaptación al marxismo, o más bien al “materialismo histórico”, que era la denominación que empleaba, superando “los elementos deterministas y teleológicos”, es objeto de estudio por parte de Bryan D. Palmer en PALMER, B. D. E.P. Thompson. *Objections and Oppositions*, “The 1970s: Rethinking Marxism, Returning to 1956, and the Politics of Democracy”, pp. 107-123 y ocupa buena parte de los escritos reunidos en el volumen colectivo, E.P. Thompson. *Diálogos y controversias*, Valencia, UNED-Historia social, 2008.

es una clase de movimiento que hace muy difícil que te quede tiempo libre, porque implica, además, la recreación de un nuevo internacionalismo. No depende de oficinas bien equipadas o de estructuras preexistentes, como la Internacional Comunista o la Internacional Socialdemócrata. Una gran parte de la tarea depende de contactos personales de diverso tipo, de modo que es difícil ahorrar tiempo para otras dedicaciones”.

Thompson estuvo asociado sobre todo al movimiento antinuclear protagonizado por el CND (Campaign for Nuclear Disarmament), que emprendió campañas de masas como las marchas a Aldermaston, de 1959 a 1965, o los campamentos de las mujeres de Greenham Common, que no protestaban tan solo contra las armas atómicas, sino contra la escalada de construcción de nuevas armas. Al margen de la represión policiaca y de los centenares de arrestos que seguían a cada manifestación, la señora Thatcher organizó una campaña sistemática contra el movimiento, haciendo propaganda con una serie de charlas en las escuelas y con la publicación de textos como *Protect and survive* (“Protégete y sobrevive”), que sostenía que “este folleto te explica cómo asegurar tu casa y tu familia contra un ataque nuclear”, al cual los antinucleares respondieron transformándolo en *Protest and survive* (“Protesta y sobrevive”), que dio título a un texto de Thompson. Aparte de esto, la réplica de la Thatcher se extendió a una campaña oculta para espiar el movimiento, interceptando sus teléfonos y colocando a un infiltrado en su misma dirección.

Hay que entender que la conciencia de que existía un riesgo de que se produjese un incidente nuclear se había reforzado después de la experiencia del conflicto de los misiles rusos en Cuba, en 1962. Se ignoraba entonces que los Estados Unidos habían elaborado, desde la presidencia de Eisenhower, planes detallados para un ataque en masa a la URSS y a China, y que hubo algunos momentos en que un incidente fortuito pudo desencadenar un conflicto, como ocurrió durante la guerra del Yom Kippur, en la noche de 24 al 25 de octubre de 1973, en que Kissinger, que tomaba las decisiones en unos momentos en que un Nixon en crisis no estaba capacitado para hacerlo, pudo haber

provocado el conflicto, cuando decidió por su cuenta, sin avisar ni a los soviéticos ni al propio Nixon, que las tropas americanas se pusieran en alerta, en DEFCON-III. O en noviembre de 1983, durante las maniobras Able Archer 83, que incluían la simulación de un ataque nuclear contra la Unión Soviética, en un intento de poner a prueba sus sistemas defensivos.

Thompson participaba plenamente de esta campaña contra lo que llamaba “el exterminismo, la última etapa de la civilización”, en lo que era a la vez una lucha contra la guerra fría y a favor de aquel internacionalismo solidario que había tratado de establecer el antifascismo de los años 1945-1947. Luchaba por la paz, pero no era un pacifista.

“No creo – dijo en la entrevista de Barcelona - en un intento de reescribir la historia con la intención de mostrar que en cada momento del pasado una tradición pacifista representase el bien y una tradición militar, el mal. Pienso que esta es una manera antihistórica de ver las cosas. No soy este tipo de pacifista. Todo historiador ha de reflexionar seriamente acerca de por qué la guerra es tan común como la maleza en los setos de la historia, una experiencia tan repetida que uno ha de preguntarse si se puede esperar que se produzca una salida de esta situación, que requeriría una reestructuración de las actitudes y las respuestas humanas. Es una reflexión sombría a la que llegamos cuando atendemos a la historia”.

Acabada la guerra fría, por lo menos en apariencia, el movimiento por la paz se hizo menos exigente, y Thompson regresó al terreno de la investigación histórica, donde muchas cosas habían cambiado entre tanto. A comienzos de los años setenta se estaba gestando un cambio político y cultural de la mayor importancia. Contribuyó a ello la frustración de los movimientos izquierdistas del 68 y el desengaño que para muchos significó el aplastamiento por la Unión Soviética de la llamada “primavera de Praga”, a lo que pronto se iban a sumar los efectos de una crisis económica, iniciada con el alza de los precios del petróleo, que ponía fin a las tres décadas de crecimiento ininterrumpido de posguerra, así como la subida al poder de gobiernos de una derecha dura, como los de Margaret

Thatcher y Ronald Reagan, empeñados en liquidar la fuerza de los sindicatos y en combatir las ideas avanzadas que habían inspirado los movimientos de los años sesenta.

En Gran Bretaña se hizo un esfuerzo deliberado por transformar la enseñanza de la historia en las escuelas, publicando unos programas unificados de los que se quería eliminar cualquier rastro de la vieja historia social progresista. La propia señora Thatcher, que intervenía personalmente en estos debates, no dudó en expresar sus objetivos ante la Cámara de los Comunes: “En lugar de enseñar generalidades y grandes temas, ¿por qué no volvemos a los buenos tiempos de antaño en que se aprendían de memoria los nombres de los reyes y las reinas de Inglaterra, las batallas, los hechos y todos los gloriosos acontecimientos de nuestro pasado?”¹⁵.

El giro metodológico que había dado paso a la visión cultural del postmodernismo había llevado a que se olvidase al Thompson historiador. Como dijo Pat Hudson: “El clima ideológico e investigador de los años del thatcherismo había disminuido la importancia de E.P. Thompson a los ojos de los estudiantes”. Los historiadores, por su parte, “se encargaron de situar su obra en una coyuntura social y política concreta del pasado: a verlo como formando parte de una tradición romántica y comprometida con lo que se estudiaba, que había dejado de tener vigencia”.

En 1985 Thompson planteaba en la New School for Social Research de Nueva York su “Agenda para una historia radical”¹⁶, en que hacía una reivindicación explícita del materialismo histórico, una definición que prefería a la de marxismo –“ahora hay muchos marxismos”, decía, incluyendo el doctrinario de la Unión Soviética en que los historiadores “científicos” habían dejado de usar el

¹⁵ Citado per Pilar Maestro, “El modelo de las historias generales y la enseñanza de la historia” en CARRERAS, J.J. y FORCADELL, C. eds., Usos públicos de la historia, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 219.

¹⁶ Este texto se ha integrado en las compilaciones Agenda para una historia radical, Barcelona, Crítica, 2000, y en la más extensa Thompson. Obras esenciales, preparada por Dorothy Thompson, Barcelona, Crítica, 2002.

término de “clase”- y reivindicaba el valor de “la noción histórica de la dialéctica entre el ser social y la conciencia social, aunque sea una interrelación dialéctica que a veces preferiría invertir”.

Su retorno con *Customs in common* (Londres, MerlinPress, 1991), seguido, casi en los mismo días de su muerte por *Witness against the Beast. William Blake and the moral law* (Cambridge, Cambridge UniversityPress, 1993) y por la publicación póstuma de *The Romantics. England in a revolutionary age* (Rendlesham, MerlinPress, 1997), inquietó al mundo académico, sobre todo por la firmeza con que reafirmaba sus puntos de vista, polemizando a derecha e izquierda. Lo hacía contra sus viejos compañeros, como con Raphael Samuel, insistiendo en la exigencia del rigor en la investigación, puesto que “la historia radical pide el nivel más exigente de la disciplina histórica (...). Ha de ser tan buena historia como sea posible”.

Combatía, además, las diversas formas de acomodamiento que se habían ido difundiendo. “Algunos en occidente son hoy prisioneros de amplias categorías indiscriminadas –el tercer mundo, blancos y negros, racismo, definiciones primarias de imperialismo- y utilizan estas reglas de cálculo prefabricadas para medir, y con frecuencia eliminar, las complejidades del pasado”¹⁷.

Todo esto tenía mucho que ver con su habitual independencia, incluso en el seno del grupo de los historiadores marxistas británicos, como lo reconocía Hobsbawm al decir que Thompson “tenía la capacidad de producir algo que era cualitativamente diferente de lo que escribíamos los otros y que es imposible medir en la misma escala. Llamémoslo simplemente genio.(...) Ninguna de sus obras de madurez podía haber sido escrita por otro”¹⁸.

Pero la incomodidad mayor la sintieron aquellos que en el pasado, cuando “estaba de moda” un progresivo marxistizante,

¹⁷ THOMPSON, E.P., *Alien homage*. Edward Thompson and Rabindrnath Tagore, Delhi, Osford University Press, 1998, p. 69.

¹⁸ HOBBSAWM, Eric. “E.P. Thompson”, en *Radical History Review*, 58, 1994, pp. 157-159.

pretendían compartir sus preocupaciones y sus métodos de trabajo y que habían evolucionado hacia nuevas posiciones, sin que hubiera una justificación intelectual para este cambio. El malestar de estos se reflejó en las quejas de quienes interpretaban su actitud como la de alguien que actuaba como si “estuviese defendiendo las tierras de su cercado contra una banda de intrusos”.

En *Customs in common* Thompson atacaba la falsificación que había convertido el siglo XVIII inglés en una “sociedad de consumidores”, poblada por “gente educada y comercial”, ocultando que “este fue el siglo en que el pueblo común perdió finalmente su tierra, en que el número de delitos castigados con la pena capital se multiplicó, en que miles de malhechores fueron deportados, y en que miles de vidas se perdieron en guerras imperiales”.

Su objetivo iba sin embargo más allá de esta crítica de la visión apologética de las transformaciones sociales del siglo XVIII. Combatía explícitamente la pretensión de reemplazar el viejo léxico derivado del conflicto social, con términos como feudal, capitalista o burgués, por otros como preindustrial, tradicional, paternalismo o modernización, que son tan ambiguos como aquellos y que no tienen otro mérito que el de sugerir “un orden sociológico autorregulado”, eliminando la idea del conflicto. Quien valoró esta postura con más lucidez fue tal vez Roy Porter, que dijo: “Aquí hay ‘socialismo humanista’ en su mejor expresión: una espléndida narración que equilibra esperanza y pesimismo, una visión de la lucha del hombre que hace su propia historia aunque no en sus propios términos. Y hay también, y no es lo menos importante, una emocionante recuperación de la voz silenciada de los pobres, esforzándose en preservar sus medios de vida y su identidad contra una sociedad patricia dominante”.

La muerte de Thompson, en 1993, se produjo cuando no se habían sedimentado aún los debates que había suscitado *Customs in common* – cuando apenas se habían iniciado los ataques que se intuía que podían desencadenarse contra el libro - y ello explica el generoso alivio del mundo académico al poder convertirlo en un gran historiador que habría brillado entre 1963 y 1978, entre la publicación de *The making of the English*

working class y la de *The poverty of theory*, como representante de unas tendencias historiográficas de unos proyectos políticos de “socialismo humanista”, que habían caducado tiempo atrás. Muchos de sus celebradores póstumos se apresuraban así a despedir a un testimonio incómodo de su propio pasado, que pretendía ponerlos en evidencia con su voluntad de negarse a renunciar a los viejos principios.

Que sus temores no eran en vano lo demostrarían las palabras de Thompson al final de su libro sobre William Blake, donde reivindicaba a un hombre que nunca mostró “complicidad alguna con el reino de la bestia” contra “los activos perfeccionistas y benévolos racionalistas” de su tiempo, que acabaron en su mayoría en el desencanto, pocos años más tarde, alegando que “la naturaleza humana les había fallado, y se había mostrado obstinada en su resistencia a la Ilustración”.

Déjenme que concluya con unas palabras sacadas del libro póstumo sobre su hermano, que ilustran con toda claridad la relación que consideraba que existía entre el trabajo del historiador y su compromiso personal: “¿Qué significado podemos atribuir a cualquier acontecimiento histórico? ¿No es siempre la historia un relato de superación y cancelación de los motivos y significados individuales dentro de la suma que constituye el proceso histórico? ¿Y no es a este proceso mismo, vacío de todo significado inherente, sin valores establecidos, al que podemos, si así se quiere, añadir atribuciones de valor desde fuera?... Somos nosotros, en el presente, los que estamos siempre obligados a dar sentido a este pasado inerte y acabado. Porque la historia permanece siempre sin resolver, es como un campo de posibilidades inacabadas que queda tras de nosotros, con todas sus contradicciones y con todas sus renunciaciones, y somos nosotros, actuando en el presente, los que hemos de volver atrás para rechazar algunas posibilidades y dar apoyo y empuje a otras. Nosotros asumimos algunos valores del pasado, nosotros rechazamos otros”.

Thompson empleaba estas reflexiones en relación con aquel “espíritu que recorría Europa”, aquella aspiración a una democracia social plena nacida al calor del antifascismo, que

frustró la guerra fría. Pero sacaba de ellas también una gran esperanza para el futuro, si éramos capaces de recuperar los viejos valores de aquel antifascismo. ¿Sería posible? “Esta no es una pregunta que podemos hacer a la historia. Es, en esta ocasión, una pregunta que la historia nos hace a nosotros”. Unas palabras que tienen plena validez hoy, a los veinte años de la muerte de Thompson, cuando todas las conquistas sociales que se habían logrado en dos siglos de luchas colectivas están amenazadas por una nueva y más insidiosa forma de fascismo.